

PENSAR EL MUNDO

DOS reuniones importantes —en vista de las circunstancias— esta semana: la asamblea anual de la OTAN (celebrada el lunes y el martes en Bruselas) y la de jefes de estado o gobierno (lo que se llama, en el nuevo argot político, «cumbre») en Copenhague. Se habla, con respecto a ellas, de «volver a pensar el mundo», lo cual puede hacer cundir la idea errónea de que el mundo estaba pensado ya antes y se trata ahora, después de la última gran sacudida, de rectificar de alguna manera ese pensamiento. La realidad es que el mundo no estaba pensado, planeado ni dirigido. Desde hace muchos años, la actividad política está disociada del pensamiento, y por algunas razones. Los llamados centros de decisión mundial son muy pocos y están dedicados al conservadurismo de la especie más suicida. Se han dedicado a la acumulación de fuerzas de defensa y al establecimiento de sistemas cerrados de régimen y poder. Fuera de ellos, los científicos y los sociólogos, los economistas y los investigadores, los intelectuales de la especulación histórica y política, y hasta los tecnócratas, han «pensado» realmente el mundo y han medido sus peligros. De alguna forma también han contribuido a su modificación y desarrollo. Los centros de decisión política no han escuchado este pensamiento, se han cortado de él. Han desconfiado, y siguen desconfiando. En todo caso han creado sus propios estamentos de pensadores de los considerados afines, leales o seguros; es decir, de los que parten ya para su investigación de las premisas conservadoras (en este caso, conservadurismo no es sinónimo de «derechas», como se suele entender, o lo es en un sentido mucho más amplio de la palabra: la URSS y en medida algo menor China, son ejemplos de conservadurismo de estado). Durante muchos años, la separación se ha ido acentuando. Ha venido a resaltar que los gobernantes de los tres o cuatro grandes polos mundiales estaban gobernando un mundo que no existía más que en su no imaginación y en sus intereses. Prácticamente el suceso de Oriente Medio y lo que viene sucediendo desde hace dos meses han revelado o puesto de manifiesto esta diferencia entre política y realidad. Es fácil y tentador decir que la guerra del Yom Kippur ha cambiado la faz del mundo. Un suceso tan local y tan breve no cambia la faz del mundo: simplemente sirve para que se advierta que había cambiado mucho tiempo antes y que se estaba gobernando para lo inexistente.

LO que se ha debido tratar en la OTAN (carezco aún de documentación para saber lo que de verdad se ha tratado el lunes y el martes de esta semana misma; ni siquiera ha terminado la reunión cuando escribo) es lo que se considera como un destrozo causado en la alianza por la unilateralidad de decisiones de Estados Unidos (la ayuda a Israel desde bases europeas, las represalias árabes contra Europa, la alarma

atómica sin consulta previa, etcétera). Fácil es de ver que si los destrozos no se hubiesen causado antes y si existiera de verdad una unanimidad de puntos de vista políticos y militares, y la supranacionalidad que se busca desde que se fundó la OTAN, el acontecimiento no hubiese sido bastante. Lo que se ha puesto de manifiesto es, primero, que los Estados Unidos en un momento que consideran decisivo, por su política interior y su conservadurismo propio o por un cálculo determinado de la situación internacional, no consideran a la Europa de sus aliados más que como una colonia, un protectorado. Y segundo, que Europa no tiene por ahora respuesta a ese desafío. Es decir, que realmente tiene una subordinación muy estrecha, y en todos los terrenos, a los Estados Unidos. La OTAN trata de materias de defensa, militares: es su cometido y lo cumple. La pugna de esta semana consiste en demostrar, por parte de los Estados Unidos y sus afines, que Europa sigue directamente bajo una amenaza soviética y que debe contar con la protección de los Estados Unidos para mantenerse. En la reunión de los ministros de Defensa y los expertos militares celebrada el fin de semana anterior se han barajado algunas cifras: 4.300 aviones de combate del Pacto de Varsovia contra 1.890 en la OTAN, 15.000 tanques del Este contra 6.000 del Oeste, 871.000 soldados de los países del Pacto de Varsovia contra 777.000 de la OTAN. Cifras que sirven para demostrar cómo sin las bases americanas en Europa, sin la «sombra nuclear» de los Estados Unidos, la defensa de la Europa capitalista sería difícil. Estos son los datos de siempre, los del «pensamiento antiguo». Sin embargo, el análisis puramente militar de los hechos —a cargo, en la semana pasada, del almirante Thomas Moore, presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor de los Estados Unidos, y el general Steinhoff, alemán, presidente del Comité Militar de la OTAN— han subrayado que hay que empezar a pensar en la guerra también de otra manera. Se ha observado la eficacia de los misiles soviéticos contra los tanques y los aviones; se ha dicho que la verdadera sorpresa para Israel no fue que el ataque resultase inesperado, sino el diferente empleo de las armas con respecto a guerras anteriores, hasta el punto de que algunos pensadores militares de los Estados Unidos creen que se ha producido una revolución equivalente a la que causó la desaparición de la caballería tras la invención de la ametralladora: el tanque estaría condenado. Otra observación es que el uso de estos misiles no requiere una instrucción especial, un «ejército de técnicos», como se estaba pensando hasta ahora: han sido manejados fácilmente y con eficacia por soldados egipcios no especializados. La tercera observación se refiere al enorme consumo de material bélico que produce una guerra moderna. Una versión americana de estos estudios indica que toda la estrategia y el arsenal de la OTAN deben cambiar rápidamente, y ello exige

Lo que se ha debido de tratar en la OTAN es lo que se considera como el destrozo causado en la Alianza por la unilateralidad de decisiones de los Estados Unidos del conflicto árabe-israelí. Lo que se ha puesto de manifiesto es que los Estados Unidos no consideran a Europa más que como una colonia.



UN CONGRESO DE AMNESTY INTERNATIONAL

CONTRA LA TORTURA

Durante siglos y siglos, la tortura ha formado parte de las costumbres humanas, en todas las sociedades y en todas las épocas. Durante esos tiempos, su validez ha sido escasamente —o nada— discutida; se ha considerado necesaria. La tortura se ha realizado en público; hombres ingeniosos y estudiosos han inventado aparatos para perfeccionarla, otros se han especializado en aplicarla o en dirigirla sabiamente para obtener los efectos deseados. Se ha aplicado a veces gratuitamente, sólo para aumentar los efectos de la aplicación de la pena de muerte (pero no tan gratuitamente: se trataba de aumentar el horror al castigo como elemento disuasorio); se ha aplicado también con una finalidad, que podemos llamar práctica, para obtener declaraciones, confesiones o abjuraciones ejemplares. En público y en privado. Naturalmente, no la han aplicado solamente las sociedades, los poderes, el Estado: también los delincuentes, las sociedades secretas, las sociedades paralelas. Los individuos. Hay formas llamadas menores de la tortura: niños que torturan animales, padres que torturan a sus hijos o a sus mujeres, maestros que realizaban castigos brutales —«la letra con sangre entra»—; hasta en forma de broma entre amigos. La tortura no tiene partido político, no es de izquierdas ni de derechas, no tiene color. O más bien es de todos, los tiene todos. Sin embargo, estas observaciones de la universalidad histórica y geográfica de la tortura no deben producir la aberración de creer que forma parte de la naturaleza humana, como se ha dicho de la guerra o de la violencia. Es algo que hay que erradicar.

El desprestigio de la tortura es relativamente moderno y comienza a producirse en este rincón del mundo que llamamos Occidente hacia el siglo XVI y toma fuerza con el humanismo. Se ha llegado a evitar prácticamente que sea un preludio a la ejecución o una forma misma de ejecución, incluso se ha llegado a la universalización de la idea de abolir la pena de muerte, ya conseguida en numerosos países, y prácticamente sin aplicación en muchos que la mantienen en sus leyes. El gran sobresalto de los descubrimientos de las torturas nazis (repetamos que no fueron privativas suyas, porque la tortura no tiene nacionalidad propia, ni partido, ni ideología) sirvió para dar un salto adelante en el camino de la abolición de la tortura en cualquiera de sus manifestaciones. Parece que hay, sin embargo, una actitud regresiva —como en tantas otras cosas—. Amnesty International descubre ahora que, «en 1972, el número de personas detenidas y torturadas en razón de sus creencias políticas o religiosas ha sido más elevado que en ningún otro año en el último decenio». Y el lunes 10 y el martes 11 ha celebrado en París un Congreso Mundial por la Abolición de la Tortura.

Amnesty International es un organismo bastante discutido en el mundo. Tiene doce años de existencia. Lo fundó en Londres el abogado Peter Benenson, con carácter privado y fondos procedentes de donativos, para ayudar a las personas encarceladas por razones políticas o religiosas; está reconocido por la ONU y el Consejo de Europa, está en relación con la Liga de los Derechos del Hombre y con la Cruz Roja Internacional. Consta de un millar de grupos de trabajo, voluntarios, que actúan en veinte países. Ha conseguido liberar numerosos prisioneros y atenuar las condiciones de encarcelamiento de otros. Las críticas que se le dirigen se centran en que puede tener un carácter político, que sus denuncias se dirigen más a ciertos Estados que a otros y que su acción resulta inoperante. Ahora mismo, el Congreso iba a celebrarse en la sede de la UNESCO de París; a última hora le ha sido negada la sala por «presiones de ciertas grandes superpotencias», que temen verse denunciadas. Una parte de las sospechas que recoge se deben a que cada denunciado se cree objeto de persecución especial, «dirigida». Su trabajo en favor de los encarcelados en países comunistas les condujo a ser acusados de instrumento anticomunista; sus denuncias de las torturas en Vietnam, en Grecia o, ahora, en Chile, eleva contra ellos la acusación

cantidades inmensas de dinero. Los Estados Unidos creen que los países europeos no comparten la carga en este sentido; los países europeos, en cambio, en un momento de angustia por los gastos públicos, entienden que no pueden hacer ahora sacrificios económicos. El punto de vista europeo acerca de la cuestión es el de que quizá ahora será más fácil reducir el número de soldados americanos en Europa y, sobre todo, que será necesario profundizar más en el entendimiento con los países del Este.

QUIZA sea excesivo hablar del punto de vista europeo, como si hubiese realmente uno solo. En realidad, este es el tema que va a tratarse en el fin de semana de Copenhague, donde van a examinarse los resultados de la reunión de la OTAN como parte del todo que es «volver a pensar el mundo». En el aspecto de la defensa, existe la tesis francesa —contrapuesta a la de Estados Unidos— de separarse cada vez más del peligroso aliado del otro lado del Atlántico. Es el pensamiento del general De Gaulle: no hay independencia real si no hay independencia militar. Lo que el general-présidente decía para Francia, Francia lo eleva ahora a Europa. Es el «Plan Jobert» —por el nombre del ministro de Defensa de Francia— o, si lo prefieren, el Plan Pompidou: que la Comunidad Europea sea propiamente europea y no «atlántica» y que, al amparo de ella, se vaya creando una política continental. Es decir, la resurrección de la Unión Europea occidental, que existe ahora de una manera latente. La independencia política se manifestaría ahora buscando una nueva relación con los árabes: la oferta de inversiones, empréstitos, ayudas, comercio y, posiblemente, medidas de aislamiento frente a Israel, a cambio del petróleo. No harían mal los árabes —si esta mano tendida se produce y si en realidad resulta eficaz, y si Europa puede ofrecerles alguna garantía de que los Estados Unidos no creen algún obstáculo demasiado grave— en aceptar la oferta. El riesgo que están corriendo con su embargo del petróleo —cuyo suministro redujeron en un 5 por 100 más, hasta llegar a un 30, el sábado último— es de los más graves. Si llegan a un ahogo excesivo de las economías mundiales, les puede suceder de todo.

EN el horizonte de la política europea estos sucesos que pueden sobrevenir no dejan de ser considerados. La idea de una alianza mayor, visible o invisible, entre Estados Unidos y la URSS para dominar el mercado de materias primas —no sólo ya el petróleo— no deja de ser una pesadilla. Europa estaba hasta ahora utilizando las materias primas del tercer mundo que le permitía utilizar Estados Unidos; ¿y si, en el nuevo reparto, estas materias primas, cada vez más escasas, dejasen de venir a Europa para irse directamente a la Unión Soviética? ¿Puede llegar el tantas veces denunciado «reparto del mundo» hasta ese extremo? ¿Podría tener la Unión Soviética escrúpulos —si es que en la política actual cupiesen todavía escrúpulos ideológicos— con respecto a una Europa que no ha cesado nunca de ser antisoviética, o contra un tercer mundo cuyos dirigentes han preferido la protección de los Estados Unidos y cuyos revolucionarios se han inclinado en los últimos años hacia «trotskismos», «maoísmos» u otros sistemas alejados de Moscú? Si la Unión Soviética ha intentado aproximarse a Europa durante los últimos años para equilibrar no sólo la presión de Estados Unidos, sino también la de China, y no ha encontrado la respuesta que esperaba, puede ocurrir que le sea más fácil ahora una alianza mayor con Estados Unidos, aunque sea en contra de Europa...

CUALQUIER observación del mundo en estos albores de 1974 no puede resolverse más que con preguntas. Cabe todo lo imprevisible. Estamos asistiendo a una quiebra muy grave de la política clásica como sistema de previsión y cálculo, que abarca desde las mismas nociones de estrategia de defensa hasta las de recursos económicos, porque estamos asistiendo también a una quiebra de los pronósticos económicos. Los «centros de decisión» van desde hace ya tiempo, y visiblemente desde estos dos últimos meses, a remolque de los acontecimientos; han perdido su control. Cualquiera suceso —una reanudación de hostilidades en el Oriente árabe o un estallido en cualquier lugar del mundo— puede producir nuevos cambios que hoy no se pueden calcular. Hay quienes creen que ninguno de estos acontecimientos —incluyendo la guerra del Yom Kippur, o la crisis de energía— se producen por sí solos, sino que son producto de un gran designio, de un juego de altos políticos. Americanos o soviéticos. Probablemente se trata de algo más grave. Los grandes designios tienen un sentido y un raciocinio, pueden elevar las tensiones o reducirlas de una manera calculada. Lo que parece que está sucediendo ahora es que nadie es capaz ya de controlar los acontecimientos, y que éstos pueden tener una salida optimista, hacia una vía de equilibrio, o totalmente pesimista. En un gran tanto por ciento de probabilidades, es muy probable que el mundo no vuelva a ser, durante mucho tiempo, lo que hemos conocido hasta octubre, hasta noviembre de este año.